

# Cuando Faustino se encontró con el diablo

## Mariano Lanza

Faustino no sabía distinguir si lo que le dolía era el miedo o el insomnio, con esa hinchazón detrás de sus ojos inyectados, con ese bloque de adobe en el estómago. Hace ya dos noches que había huído, a campo traviesa, del rancho del patrón, que lo hacía, pese a la ley de 8 hrs, trabajar de sol a sol, en el arado o arriando el ganado. Debido a estas largas jornadas era que Faustino tenía la piel curtida, semejante su color al de la mezcla que se produce cuando se junta el barro misionero con el austral; sus ojos eran achinados, acostumbrados al constante gesto de achicarse para que el sol no le pateara las córneas, adornadas de un iris almendrado. Tenía bigote, negro como la noche que le sucede a la siesta y era barrigón.

Dicen de los barrigones que son de buen comer y Faustino lo era. También era pesado y por ende lento. Aún así logró huír. Y de quién huía? Del diablo pues. Y esta no es una alegoría que asocia al patrón al diablo, no: era el diablo mismito. Faustino lo vio, en la medianoche, cuando más acostumbran las estrellas a estrellarse. Lo vio cuando salió de su cuartito que quedaba, de la casa del patrón al cerro, 100 metros. Escuchó el ruido de una vaca que gemía como lo hace un perro cuando es atropellado por un ómnibus. Faustino pensó que, de las luces malas, esta podría ser la de la vaca loca, ya que cómo una vaca podría, sino estando loca, gemir como un perro. Corto se quedaba Faustino pues, ya que la luz mala era el diablo mismito.

Faustino se levantó con lo que tenía que no era mucho, pero no era poco. Se calzó primero la boina de franela de color granate. Y se calzó la boina porque todo campechano sabe que, en las noches frescas amanece el rocío, y el primer lugar que las gotas atienden es la cabeza. Y se calzó la boina y se puso la bombacha. La bombacha, para los que no son entendidos en el lenguaje austral de Nuestra América, son unos pantalones anchos, anchos como para dos personas, pero que cabe solo una. Y se calzó la boina y se puso la bombacha, sujeta con un cinto a franjas de gran hevilla. Luego se montó la camisa y se calzó sus botas y se colgó una cruz de plata. Faustino nunca dormía con su cruz, la dejaba en su mesa de luz, y la usaba para trabajar y sobre todo, para ir a espantar las luces malas. Y así salió Faustino a ver por qué y por quién gemía la vaca como un perro.

De toda esta historia yo me vengo a entererar por un video en el que aparece Faustino. Y a Faustino lo han tomado por loco, se le han reído porque claro, si a un gaucho, a un paisano, se le aparece el mismito diablo, es locura. Y es que la religión hoy es locura, y es que ya no creemos en la magia si ésta no está escrita hace más de un milenio, y todo lo que sea fe es profano si escapa de los templos de oro que ordena y coordina el Vaticano.

Pero Faustino no es ni un borracho ni está loco. Faustino vio al diablo mismito y yo lo sé porque no me conformé con el video y lo fui a conocer, de ahí los detalles de que se calzó la boina primero y luego la bombacha y todo eso que ya les narré. Es que Faustino da fe, y yo doy fe de que él da fe, de que al diablo, en el campo, se lo ve seguido gracias a la falta de lugares para esconderse. Es que este paisaje es una penillanura levemente ondulada, parecido a un mar estático de olas pequeñas, verde y repleto de amaneceres y atardeceres. Y, si bien cada tantito hay un monte, piense que el diablo no puede pasárselas el día entero allí, sería extremo aburrido y no podría ir vigilando sus dominios. Así que al diablo aquí se lo encuentra fácil, a él mismito, con sus cuernos y todo. Hay quienes dicen que por aquí ha perdido su poncho. Es que el Infierno ha de ser frío, porque al calorcito todo el mundo se acostumbra, pero al frío?

Faustino lo vio carneando una vaca. Es que las vacas acá son muy ricas. Alguna vez se habló del Uruguay for export, que hacía alusión a la industria abocada a la exportación del más exquisitos de los ganados. Quien haya visitado este país, habrá pasado por alguna parrilla y se habrá pedido un asado de tira, o se habrá comido una colita de cuadril que, recién sacada de la parrilla, tiene hasta su grasita rica. Faustino lo vio carneando la vaca pero no supo que el diablo era el diablo hasta que le llamó la atención. Pensó que era un tipo quizá, a la vieja usanza de los gauchos, profanando el ganado del patrón. Pensó en meterle grito, y si el gauchito no huía, meterle un “facazo”.

Faustino le gritó, salí salí de ahí! El diablo lo miró y cuando Faustino quiso acordar, estaba frente a un carpincho. Los ojos de ese animal tenían la mismita inocencia de quien hace rato anda pecando. Faustino comprendió que estaba frente a un ser que no era de este mundo, porque hombres que se convierten en cerdos y en ratas ha visto, y a montones, pero en un carpincho? Faustino apretó fuertemente su faca y le dijo, quién só bó! Y el carpincho se transformó en un zorro, y se paró sobre sus dos patas traseras y se convirtió en un cristiano de pelo largo, como un cantante de Death Metal pero de campo, y según Faustino largó lah uña y loh colmillo. Faustino, ante la imposibilidad de enfrentarse con el diablo, que es de todos y de todas sabida su fuerza, comenzó a correr al cerro, que tiene monte por un lado, a ver si entre las sombras le perdía el rastro. El sujeto de pelo largo lo siguió, corriendo ayudado por sus brazos que iba enterrándolos en el barro. Sin embargo, pese a su lentitud, Faustino consiguió llegar al monte y ocultarse. Ustedes se preguntarán, se puede esconderse al diablo mismito? Y la respuesta es sí, siempre y cuando se encuentre un ombú que son sabidos grandes, de mucho arbusto y que, además, son resguardo de las luces malas y los cólicos.

Faustino se trepó a una rama y allí permaneció, aferrado a su faca y a su cruz, como buen creyente de la prédica de la Iglesia Católica (por la faca, claro). Y allí estuvo, dos noches sin pegar un ojo ni pegar el otro, sufriendo la sed y el hambre, carcomiéndose del dolor por la vigilia y el sueño. Pero el mayor de sus dolores fue que, en la fuga, no había tenido margen para ir a buscar su mate, siendo sabido que, a cualquier uruguayo oriundo del campo, este le representa una compañía indispensable. Para quien desconozca lo que es el mate le cuento. Es una infusión de la yerba mate (*Ilex paraguariensis*), que se toma en un cuenco de porongo (generalmente) o también en una guampa o en un recipiente de cerámica, mediante una bombilla de alpaca. Su consumo es realmente considerable en todo el Uruguay, en Argentina, en Paraguay y en el sur de Brasil. También al parecer, en cierta región de Chile, y en diversas partes del mundo donde los sudacas hayan hecho patria y conquistado a extranjeros y extranjeras con su delicioso y amargo sabor. Esta bebida es, gracias a la sustancia mateína, un estimulante; y dicen algunos que, quien lo ha hecho costumbre en sus días, tomándolo de forma cotidiana y en grandes cantidades, por su abstinencia, puede llegar a sentir jaquecas.

Así que si dijimos, en un inicio, que Faustino no sabía distinguir si el dolor que sentía era debido al miedo o al insomnio, ahora le podemos sumar una tercera causa que, quizá sea, la más terrible: la ausencia de su mate. Y esto Faustino lo pensó y no toleró más esta espera interminable del fueguito calentando la caldera y la chupadita a la bombilla.

Esperó a la medianoche, supo que si el diablo anduviese nuevamente por allí sería a la noche. Es que los seres oscuros siempre andan a la noche, vaya uno a saber por qué. Quizá no les guste la exposición pública, la fama. Quizá sean tipos que prefieren la intimidad de la noche. Tal vez pueda ser, quizá, que son como los románticos y tienen una prédica intransigente y sagrada de un *Carpe Noctum*. Lo cierto es que, vaya a saber uno, quizá por instinto, quizá por experiencia, quizá por lectura, Faustino esto lo sabía y esperó a la medianoche y salió en ella a enfrentarse al diablo. Éste se encontraba en la antesala del monte, aún convertido en ese Ozzy Osborne contagiado por la vampirosis que el vampirito que se comió pudo haberle transmitido. Faustino, viendo al diablo, supo que era la hora de la muerte, y no se disponía a que fuese la suya. De a poco, para no dejarle al diablo lugar posible de agarre, Faustino se fue quitando la ropa: se sacó la camisa, retiró sus botas y se sacó la bombacha. Sobre él, tan sólo su boina; el calzoncillo para cubrir, así sea ante el mismito diablo, sus vergüenzas; y su cruz, que Dios mismito lo acompañe. Se miraron como en una secuencia eterna del Far West.

En vez de alfalfa, entre ellos rodaba una milonga. Si hubiera habido cantor, esta hazaña se cantarían como un Corrido de México, pero al estilo Zitarrosa. Pa demostrarle que era bien macho y que no le temía, Faustino tiró su cuchillo y le dijo, vení vení, diablo de mierda, vení si tené huevo! Y se lanzó a correr a la vera del monte rumbo a su ladera más seca. El diablo, como endemoniado, se fue tras él a gran velocidad, pero esta vez las piernas de Faustino no le dieron para alejarse, y el diablo le saltó por la espalda, mordiéndole la nuca y rasguñándole, en el agarre, parte del pecho. Al caer Faustino supo que, si quería dar pelea estando abajo, iba a terminar muerto, así que resolvió hacérsele, es decir, hacerse el muerto.

El diablo le respiraba en la nuca y Faustino sentía un olor pestilente. Podría ser el olor a azufre que dicen es característico del infierno, aunque luego de dos noches sin baño, podrían ser las propias sudoraciones de Faustino que, en la carrera, habían intensificado sus esencias. El diablo sabrá mucho de la muerte pero poco sabe de la vida. Para él, todo bicho muerto va pal asador, y si está quietito ha de estar muerto. Poco a poco se fue levantando y emprendió camino al claro del campo, a buscar una vaquita rica o su poncho, quien sabe. Faustino supo que, sin el cuchillo, no podría hacerle frente, y que haberse hecho el potro a mano limpia fue una idiotez. Sin que el diablo se diese cuenta, Faustino se fue arrastrando hasta encontrar la faca. Se levantó de golpe y le gritó a su enemigo, volvete diablo la puta que te parió, que vá a matá, gauchito de mierda, le voy a dá hasta a tu mama! El diablo enfurecido, por haber sido engañado y por los insultos a su madre, se lanzó de una corrida contra Faustino que, sin dudarle, esquivó el manotazo y le insertó la faca de un lado al otro del torax, para luego cortarle el cogote.

En su agonía, el diablo rasguñaba el suelo intentando llegar a su casa mientras Faustino, sin tregua, le seguía dándole duro, hasta conseguir sacarle las tripas. Para su asombro, Faustino escuchó una voz que venía de muy cerca y que repetía, matalo matalo a ese hijo de puta! Faustino quedó atolondrado al ver que, quien lo alentaba, era la esposa del mismito diablo. Al parecer éste andaba hace tiempo de vago por estos campos y no le llevaba comida a los hijos de su mujer. Los diablitos estaban raquíticos, con las costillas salidas y (al decir de los chilenos) con las guatitas hinchadas. Faustino sintió pena por aquellos diablillos, así que tomó las tripas de su padre y se las arrojó, a modo de guarnición de medianoche. Los diablitos aplacaron el hambre de siglos que llevaban dentro.

Con el resto del cuerpo, Faustino hizo un pequeño montículo acompañado de ramitas y paja. Le tiró un fósforo y le dijo, prendete fuego hijo'e puta! Al menguar la lumbre, la diabla y sus hijos se esfumaron con el leve rechinchinar de los grillos. Faustino pensó así que su larga noche había acabado con el destripamiento del diablo; sin embargo, para su cansado asombro, una luz implacable bajó del cielo. Faustino, sabiéndose compadrito por haber asesinado al diablo mismito le gritó al ser que descendía con la luz, quién só bó, otro diablo de mierda, vení que vá a ver! A lo que el ser de la luz respondió, No, yo soy Jesucristo, lo bien que hiciste en matarlo, él me mató un ángel principal mío, lo bien que hiciste.

Faustino volvió a su rancho, ya sereno, empapado de la sangre del infierno, cuando por el horizonte despuntaba el alba. Durmió, del agotamiento, el día entero. Al día siguiente, Faustino tuvo que explicarle al patrón por su ausencia, le dijo que había morido una parienta suya, allá por Lavallega, y que tuvo que salir de urgencia y no pudo avisarle. El patrón le dijo que por esta vez lo perdonaba, pero que no podía volver a pasar, que siempre hay alguien que está dispuesto a trabajar y que, si él no quería trabajar, bien podía irse a Lavallega y quedarse allá, ah! y que no le iba a pagar los jornales de estos dos días. Faustino le dijo al patrón que tenía toda la razón, que no volvería a pasar y que le descontara los jornales. Lo que Faustino no le dijo al patrón es que, por más amenazas que éste le hiciera, ya nunca más le tendría miedo, pues él se había enfrentado al diablo mismito y le había dado la muerte. Así Faustino volvió a su trabajo, de sol a sol, sereno con su conciencia, sabiendo que ya nadie lo podría subyugar.

Montevideo 1/3/2017